

TRUDI CANAVAN

LA MAGA

Por la autora de
Crónicas del mago negro



TRUDI CANAVAN

LA MAGA

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS

© Random House Mondadori
www.megustaleer.com

Encontré un libro que relata la guerra Sachakana y que fue escrito poco después. Es de destacar el hecho de que califica al Gremio como el enemigo, ¡y hay además una ilustración muy poco favorecedora!

Carta de lord Danyll
al administrador Lorlen

La historia de la magia es una sucesión de descubrimientos fortuitos y encubrimientos deliberados. Sería imposible escribir una crónica fiel de los acontecimientos que rodean la magia sin escarbar la tierra en la que ciertos hechos desagradables llevan largo tiempo enterrados. Hace veinte años, causó gran escándalo en el Gremio el descubrimiento de que lo que llamamos «magia negra» se denominaba antiguamente «magia superior» y era practicada por todos los magos, conocidos en ese entonces como magos superiores. Esto supuso un golpe tan duro como comprender que gran parte de nuestra historia escrita había sido alterada y destruida. Sin embargo, hay verdades aún más extrañas por desvelar. No he encontrado mención alguna a la destrucción de Imardin en las crónicas de la guerra Sachakana, por ejemplo. No obstante, el episodio es una parte aceptada de las enseñanzas históricas básicas. El mayor misterio reside en el origen de los páramos de Sachaka. Los habitantes de aquel país responsabilizan al Gremio de tan terrible acto, pero no se han encontrado documentos que expliquen cómo ocurrió.

Fragmento del prólogo de
Historia completa de la magia,
de lord Danyll

La historia la escriben los vencedores.

WINSTON CHURCHILL

PRIMERA PARTE

1

No existía una forma rápida e indolora de practicar una amputación. Tessia lo sabía. Al menos si se realizaba correctamente. Una amputación bien hecha requería que se recortara una capa de piel para que cubriese el muñón, y eso llevaba tiempo.

Cuando su padre empezó a tajar hábilmente la piel en torno al dedo del muchacho, Tessia se fijó en las caras de los presentes. El padre del joven estaba de pie con los brazos cruzados y la espalda recta. Su expresión ceñuda no disimulaba del todo los signos de preocupación, aunque Tessia no tenía claro si era porque se compadecía de su hijo o porque temía no poder acabar la cosecha a tiempo sin su ayuda. Seguramente por ambas cosas.

La madre sujetaba con fuerza la otra mano del chico, mirándolo a los ojos en todo momento. El rostro del muchacho estaba congestionado y perlado de sudor. Tenía los dientes apretados y, pese a que el padre de Tessia se lo había desaconsejado, observaba atentamente la operación. Había permanecido quieto hasta entonces, sin mover la mano herida o retorcerse. No había emitido un solo sonido. Tessia estaba impresionada ante aquella exhibición de autocontrol, sobre todo por parte de alguien tan joven. Los campesinos tenían fama de duros, pero ella sabía por experiencia que no todos lo eran. Se preguntó si el chico aguantaría hasta el final. Al fin y al cabo, lo peor estaba por llegar.

Unas arrugas de concentración surcaban el rostro de su padre. Había desprendido con todo cuidado la piel del dedo del muchacho hasta el nudillo. En cuanto se lo indicó con la mirada, ella retiró el pequeño escalpelo articular del quemador y se lo dio a

cambio del escoriador número cinco, que lavó y colocó delicadamente sobre el quemador para que el fuego lo purificara.

Cuando alzó la vista, vio que el muchacho tenía el rostro crispado en una masa de arrugas. El padre de Tessia había empezado a seccionar la articulación. Dirigió la mirada hacia el padre del chico, que se había puesto de un color gris pastoso. La madre estaba blanca.

—No mire —le advirtió Tessia en voz baja.

La mujer apartó la vista bruscamente.

La hoja de metal chocó contra la tabla de cirugía con un golpe seco y definitivo. Tras coger el pequeño escalpelo de manos de su padre, Tessia le alargó una aguja curva previamente enhebrada con hilo de tripa fino. La aguja se deslizó con facilidad a través de la piel del muchacho y Tessia sintió una chispa de orgullo; la había afilado con esmero antes de la operación, y aquel hilo de tripa era el mejor que había elaborado jamás.

Contempló el dedo amputado, que descansaba sobre un extremo de la tabla de cirugía. Aunque la punta era un amasijo ennegrecido y purulento, la parte cortada estaba rodeada de una piel tranquilizadamente sana. El dedo había quedado aplastado hacía días en un accidente durante la cosecha, pero como era habitual entre los aldeanos y campesinos a quienes el padre de Tessia prestaba sus servicios, ni el chico ni su padre habían acudido a él hasta que la herida había empezado a supurar. Hacía falta tiempo, y un dolor insoportable, para que una persona aceptara que le cortaran una parte del cuerpo, y más aún para que lo pidiera.

Si se tardaba mucho en remediarlo, la pus a veces envenenaba la sangre, lo que causaba fiebre e incluso la muerte. El hecho de que una herida pequeña pudiera resultar mortal fascinaba a Tessia y también la asustaba. Había visto a un hombre llevado a la locura y la automutilación por una simple muela podrida, a mujeres robustas que habían muerto desangradas después de dar a luz, a bebés sanos que habían dejado de respirar sin razón aparente y a un par de personas que habían fallecido como consecuencia de fiebres que no habían causado más que molestias leves al resto de los vecinos de la aldea.

Por trabajar con su padre, había visto más heridas, enfermedades y muertes a sus dieciséis años que la mayoría de las mujeres en

toda su vida. Por otro lado, también había visto cómo su padre curaba enfermedades, aliviaba males crónicos y salvaba a personas de la muerte. Conocía a todos los hombres, mujeres y niños de la aldea y de todo el señorío, así como a unos cuantos forasteros. Tenía conocimientos que estaban al alcance de muy pocos. A diferencia de la mayoría de los lugareños, sabía leer y escribir, razonar y...

Su padre alzó la vista, le tendió la aguja y cortó el hilo que sobraba. Unos puntos de sutura esmerados sujetaban la capa de piel sobre el muñón del dedo del chico. Tessia, que sabía cuál era el siguiente paso, extrajo gasas y vendas de la bolsa de sanador de su padre y se las alargó.

—Coja esto —pidió él a la madre.

Tras soltar la otra mano del muchacho, la mujer dejó pasivamente que el padre de Tessia le extendiera una venda sobre la palma y dispusiera la gasa encima. Colocó la mano del chico sobre la de su madre de manera que el muñón del dedo descansara sobre el centro de la gasa, y a continuación asió el torniquete en el brazo del joven.

—Cuando afloje esto, la sangre en el brazo recuperará su ritmo —le explicó a la madre—. Empezará a sangrarle el dedo. Debe envolverlo con la gasa y sujetarla con fuerza hasta que la sangre encuentre una nueva vía de pulso por donde circular.

La mujer se mordió el labio y asintió. Conforme el padre de Tessia aflojaba el torniquete, el brazo y la mano del chico recobraron un saludable tono sonrosado. Comenzó a brotar sangre entre los puntos, y la madre se apresuró a apretarle el muñón con la mano. Al ver la mueca de dolor del muchacho, ella le acarició el pelo cariñosamente.

Tessia contuvo una sonrisa. Su padre le había enseñado que era aconsejable permitir que los familiares aportaran su granito de arena al proceso de curación. Esto les infundía cierta sensación de control, y era menos probable que sus métodos despertaran sus sospechas o su escepticismo si los dejaba participar en su aplicación.

Tras una breve espera, el padre de Tessia echó un vistazo al muñón y lo vendó con firmeza mientras daba instrucciones a la familia sobre la frecuencia con que debían cambiar el vendaje,

la manera de mantenerlo limpio y seco si el chico volvía al trabajo (se guardó de aconsejarles que lo dejaran quedarse en casa), el momento en que debían quitárselo y las señales de supuración a las que debían estar atentos.

Mientras él enumeraba las medicinas y vendas adicionales que necesitarían, Tessia las iba sacando de su bolsa y colocándolas sobre la zona más limpia de la mesa que encontró. En cuanto al dedo amputado, lo envolvió y lo dejó a un lado. Los pacientes y sus familiares preferían enterrar o quemar los miembros cortados, tal vez porque les preocupaba el uso que alguien podía darles si no se deshacían de ellos personalmente. Sin duda habían oído las historias inquietantes y absurdas que se contaban sobre sanadores de Kyralia que experimentaban en secreto con extremidades amputadas, molían los huesos para elaborar pociones antinaturales o les devolvían la vida de alguna manera.

Tras lavar y someter la aguja a la acción purificadora de las llamas, Tessia la guardó junto con los otros utensilios. La tabla de cirugía habría que limpiarla más tarde, en casa. Apagó el quemador y esperó a que la familia empezara a darles las gracias.

Aquello también era una parte bien ensayada de su rutina. Su padre detestaba quedarse atrapado mientras los pacientes se deshacían en agradecimientos. Era algo que lo abochornaba. Después de todo, no ofrecía sus servicios gratis. Lord Dakon les proporcionaba a él y a su familia un techo y unos ingresos a cambio de que cuidara de los habitantes de su señorío.

No obstante, su padre sabía que aceptar las muestras de gratitud con humildad y paciencia era una forma de ganarse la estima de los lugareños. Sin embargo, nunca aceptaba obsequios. Todos los vasallos de lord Dakon pagaban un diezmo a su señor, lo que significaba que, a efectos prácticos, ya habían retribuido al padre de Tessia.

El papel de ella consistía en aguardar el momento oportuno para interrumpir y recordar a su padre que tenían más trabajo que hacer. La familia pediría disculpas, su padre pediría disculpas, y los familiares los acompañarían a ambos hasta la puerta.

Pero cuando el momento oportuno se avecinaba, llegó hasta sus oídos el golpeteo de unos cascos procedente del exterior. Todos guardaron silencio para escuchar. El golpeteo de los cascos

cesó y en su lugar sonaron unas pisadas seguidas de unos golpes en la puerta.

—¿Sanador Veran? ¿Está ahí el sanador Veran?

El granjero y el padre de Tessia echaron a andar a la vez, pero este se detuvo para dejar que el campesino abriera su propia puerta. Al otro lado estaba un hombre de mediana edad y bien vestido, con la frente brillante de sudor. Tessia lo reconoció: era Keron, el mayordomo de lord Dakon.

—Está aquí —le informó el granjero.

Keron escrutó el interior oscuro de la casa con los ojos entorados.

—Se requieren sus servicios en la Residencia, sanador Veran. Con cierta urgencia.

El padre de Tessia frunció el ceño, se volvió hacia ella y le indicó que lo siguiera. La joven cogió la bolsa y el quemador y salió apresuradamente tras él a la luz del día. Uno de los hijos mayores del campesino, que estaba esperando junto al carro que lord Dakon había puesto a disposición del padre de Tessia para cuando visitara pacientes que vivían fuera de la aldea, se levantó con rapidez y descolgó de la cabeza de la vieja yegua el morral con comida. El sanador asintió en señal de agradecimiento, cogió la bolsa que llevaba Tessia y la colocó en la parte trasera del carro.

Mientras se encaramaban en el asiento del vehículo, Keron pasó a galope junto a ellos y se alejó en dirección a la aldea. El padre de Tessia tomó las riendas y les dio una sacudida. La yegua soltó un resoplido, agitó la cabeza y comenzó a caminar.

Tessia miró a su padre.

—¿Crees que...? —empezó a decir, pero se interrumpió al percatarse de que su pregunta carecía de sentido.

«¿Crees que esto tiene algo que ver con el sachakano?», quería preguntar, pero habría sido un gasto inútil de saliva. Ya lo averiguarían cuando llegaran allí.

Le costaba no imaginar lo peor. Los aldeanos no habían dejado de murmurar sobre el mago extranjero que se alojaba en casa de lord Dakon desde el día que había llegado, y resultaba difícil no contagiarse de su recelo y su temor reverencial. Aunque lord Dakon era un mago, era una cara conocida, una figura respetada, un kyaliano. Si lo temían era solo por la magia que sabía utilizar

y el control que ejercía sobre sus vidas: no era uno de aquellos terratenientes que abusaban de uno u otro poder. Los magos sachakanos, por otro lado, habían sometido y esclavizado a los kyalianos hacía solo unos siglos, y, según se decía, siempre que se presentaba la ocasión les gustaba recordar a la gente cómo eran las cosas antes de que se concediera la independencia a Kyralia.

«Piensa como una sanadora —se dijo Tessia mientras el carro avanzaba dando tumbos por el camino—. Analiza la información de que dispones. Deja que la razón se imponga sobre la emoción.»

Ni el sachakano ni lord Dakon podían estar enfermos. Ambos eran magos y por tanto resistentes a prácticamente todas las dolencias. No eran inmunes a la peste, aunque rara vez sucumbían a causa de ella. Lord Dakon habría mandado llamar a su padre mucho antes de que cualquier enfermedad requiriese su atención con urgencia, aunque era posible que el sachakano no hubiese mencionado que estaba enfermo si no quería que lo atendiera un sanador kyaliano.

Ella sabía que los magos podían morir a consecuencia de una herida. Quizá lord Dakon se había hecho daño. De pronto, a Tessia se le ocurrió una posibilidad aún más aterradora. ¿Y si lord Dakon y el sachakano se habían enzarzado en un combate?

«En ese caso, la casa del lord, y tal vez la aldea entera, hayan quedado reducidas a una pila de escombros humeantes —pensó—, si lo que cuentan sobre las batallas mágicas es cierto.» Desde el camino que descendía de la cabaña del granjero se divisaban las hileras de casas que flanqueaban la calle principal en aquella orilla del río. Todo parecía tan tranquilo y apacible como cuando habían salido.

Tal vez el paciente o los pacientes que estaban corriendo a socorrer eran criados de la casa del lord. Además de Keron, seis sirvientes domésticos y de las caballerizas mantenían en orden la casa de lord Dakon. Ella y su padre los habían atendido en muchas ocasiones. Los trabajadores del campo que vivían fuera de la aldea se trasladaban a veces a la Residencia cuando estaban enfermos o heridos, aunque por lo general acudían directamente al padre de Tessia.

«¿Quién más vive allí? Ah, por supuesto: está Jayan, el aprendiz de lord Dakon —recordó—. Pero hasta donde yo sé, goza de

la misma protección contra la enfermedad que un mago superior. A lo mejor se ha enzarzado en una pelea con el sachakano. Para el sachakano, Jayan sería lo más parecido a un esclavo, y...»

—Tessia.

Miró a su padre, expectante. ¿Había llegado a una conclusión sobre quién necesitaba sus servicios?

—Esto... Tu madre no quiere que sigas ayudándome.

La expectación dio paso a la exasperación.

—Lo sé —dijo ella, haciendo una mueca—. Quiere que me busque un buen marido y me dedique a tener hijos.

Él no sonrió como solía hacer cuando surgía el tema.

—¿Tan terrible sería? No puedes llegar a ser sanadora, Tessia.

Al advertir el tono de seriedad en su voz, ella lo miró con una mezcla de sorpresa y desencanto. Si bien su madre había manifestado esta opinión muchas veces, su padre nunca se había mostrado de acuerdo con ella. Sintió que algo en su interior se convertía en piedra, caía hasta su estómago y permanecía allí, frío, duro e incómodo. Era imposible, evidentemente. Los órganos humanos no se convertían en piedra y desde luego no se desplazaban hacia el estómago.

—Los aldeanos no te aceptarán —continuó su padre.

—Eso no puedes saberlo —protestó ella—, hasta que yo lo intente y fracase. ¿Qué motivo tendrían para desconfiar de mí?

—Ninguno. Te aprecian bastante, pero para ellos resulta tan increíble que una mujer pueda sanar a alguien como que a un reber le salgan alas y eche a volar. Creen que la sensatez no está en la naturaleza de las mujeres.

—Pero las comadronas... De ellas sí que se fían. ¿Por qué distinguen entre lo que hacen ellas y lo que hace un sanador?

—Porque lo que nosotros... Las comadronas hacen un trabajo especializado y restringido. No olvides que me piden ayuda cuando sus conocimientos resultan insuficientes. Un sanador lleva sobre sus espaldas un saber y una experiencia a los que ninguna comadrona tiene acceso. La mayoría de ellas ni siquiera sabe leer.

—Y a pesar de eso los aldeanos confían en ellas. En ocasiones, se fían más de ellas que de ti.

—Los partos son una actividad femenina —replicó él, visiblemente disgustado—. La sanación, no.

Tessia no podía hablar. El enfado y la frustración crecían en su interior, pero sabía que un arrebato de ira sería contraproducente. Tenía que resultar persuasiva, y su padre no era un sencillo campesino que se dejara convencer con facilidad. Seguramente era el hombre más inteligente de la aldea.

Cuando el carro llegó a la calle principal, ella soltó una maldición por lo bajo. No era consciente de que su padre hubiera llegado a estar tan firmemente de acuerdo con su madre. «He de hacerle cambiar de idea de nuevo —comprendió—. No le gusta obrar en contra de los deseos de mamá, así que tengo que debilitar la confianza de ella en sus propios razonamientos y al mismo tiempo reducir las dudas de papá respecto a seguir instruyéndome.» Tenía que sopesar los argumentos favorables y contrarios a que ella se convirtiera en sanadora, y pensar el modo de aprovecharlos en beneficio propio. Además, necesitaba informarse con todo detalle de los planes de sus padres.

—¿Qué harás sin mi ayuda? —preguntó.

—Tomaré a mi servicio a un muchacho de la aldea —respondió su padre.

—¿A cuál?

—Al pequeño de los Miller, tal vez. Es un niño brillante.

La calle principal estaba bien cuidada y tenía menos baches que el camino del granjero, así que su padre dio una sacudida a las riendas para estimular a la yegua a avivar el paso. El aumento de la vibración del carro arrebató a Tessia su capacidad de pensar. Veía rostros que se asomaban a las ventanas conforme se adentraban en la aldea. Las pocas personas que caminaban por la calle se paraban para saludar a su padre con gestos de la cabeza y sonrisas.

Se agarró a la barra cuando su padre tiró de las riendas para que la yegua aminorase la marcha y girase hacia las puertas laterales en la verja de la Residencia del lord. En la penumbra de las sombras proyectadas por el edificio, Tessia vislumbró a unos mozos de las caballerizas que se acercaban para coger las riendas mientras el coche se detenía. Su padre bajó de un salto. Keron dio unos pasos hacia él para coger su bolsa de sanador. Ella se apeó de un brinco y los siguió a toda prisa al interior de la casa.

Tessia alcanzó a ver fugazmente la cocina, la despensa, el cuarto de baño y otros espacios prácticos a través de las puertas del

pasillo por el que caminaban a grandes zancadas. Sus pisadas rápidas resonaron en la estrecha escalera mientras subían a la planta superior. Tras doblar unas cuantas esquinas, Tessia se encontró en una parte del edificio que nunca había visto antes. La elegante decoración de las paredes y los muebles de calidad parecían indicar que se trataba de unas habitaciones privadas, pero aquellas no eran las estancias que ella había conocido unos años antes, cuando había acudido con su padre para atender a una joven de apariencia más bien anodina que sufrió un desmayo. Había unos pocos dormitorios y una sala de estar, y Tessia supuso que eran los aposentos de invitados.

Así pues, se llevó una sorpresa cuando Keron abrió una puerta y los hizo pasar a un cuarto pequeño que no contenía más que una cama sencilla y una mesa estrecha. Como no había ventanas por las que entrara la luz, una lámpara diminuta ardía en la habitación. Tenía un aspecto lúgubre y miserable. En cuanto Tessia dirigió la vista a la cama, todo pensamiento sobre la decoración se esfumó de su mente.

En ella yacía un hombre con el rostro tan magullado e hinchado que un ojo le había quedado reducido a una rendija ensangrentada. El blanco del otro ojo estaba teñido de un color oscuro. Tessia supuso que en un lugar mejor iluminado ese color se revelaría como rojo. Los labios del hombre no estaban bien alineados entre sí, lo que quizá denotaba que tenía la mandíbula rota. La cara parecía ancha y de forma extraña, aunque esto tal vez se debiera a las lesiones.

Tenía la mano derecha encogida contra el pecho, y ella advirtió de inmediato que el antebrazo estaba doblado de un modo antinatural. Varias manchas amoratadas le cubrían también el pecho. La única prenda que llevaba eran unos pantalones cortos hechos jirones y toscamente remendados en varios lugares. Tenía la piel muy curtida y era de complexión delgada. Iba descalzo, y sus pies estaban negros a causa de la suciedad. Uno de sus tobillos presentaba una hinchazón considerable. La pantorrilla de la otra pierna parecía ligeramente torcida, como si no hubiera soldado bien después de una fractura.

En la habitación reinaba un silencio roto únicamente por la respiración agitada y trabajosa del hombre. Cuando reconoció

ese sonido, a Tessia se le cayó el alma a los pies. Su padre había tratado en una ocasión a un hombre con los pulmones perforados por unas costillas rotas. Ese hombre había muerto.

El sanador no había movido un músculo desde que había entrado en la habitación. Estaba de pie, muy quieto, con la espalda levemente inclinada, contemplando la figura maltrecha y destrozada que yacía en la cama.

—Padre —se atrevió a decir Tessia.

Él se enderezó de golpe, dando un respingo, y se volvió hacia ella. Cuando sus miradas se encontraron, ella tuvo la sensación de que se leían el pensamiento el uno al otro. Se dio cuenta de que estaba sacudiendo la cabeza ligeramente y vio que él hacía lo mismo. Entonces ella sonrió. Sin duda en momentos como aquel, cuando se entendían mutuamente sin necesidad de hablar, él tenía que reconocer para sus adentros que Tessia estaba destinada a seguir sus pasos.

Su padre frunció el entrecejo y bajó la vista antes de volverse de nuevo hacia la cama. Una repentina y dolorosa sensación de pérdida se apoderó de ella. Él debía haber sonreído, asentido con la cabeza o haberle dado a entender con alguna otra señal que seguirían trabajando juntos.

«Tengo que ganarme su confianza otra vez», pensó Tessia. Cogió la bolsa de su padre de las manos de Keron, la colocó encima de la mesa estrecha y la abrió. Tras extraer el quemador, lo encendió y reguló la intensidad de la llama. Se oyeron pasos al otro lado de la puerta.

—Necesitamos más luz —farfulló su padre.

De pronto, un resplandor blanco y deslumbrante inundó la habitación. Tessia se agachó, y una bola luminosa pasó volando por encima de su cabeza. La miró fijamente, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho. Era demasiado brillante. Cuando apartó la mirada, una sombra circular le nublabla la vista.

—¿Suficiente? —preguntó una voz de acento extraño.

—Os lo agradezco, mi señor —oyó que decía su padre respetuosamente.

¿«Mi señor»? Tessia sintió que se le contraía el estómago. Solo había una persona alojada en la Residencia a quien su padre daría aquel tratamiento. Sin embargo, al mismo tiempo que tomaba conciencia de ello, sintió una punzada de rebeldía. «No mostraré

el menor temor ante este sachakano —decidió—. Aunque supongo que no hay peligro de que me eche a temblar ante la visión de alguien cuando en realidad apenas puedo ver.» Se frotó los ojos. La mancha negra se encogía a medida que sus ojos se recuperaban. Al mirar hacia la puerta con los párpados entornados, advirtió que había dos figuras.

—¿Qué probabilidades cree que tiene, sanador Veran? —preguntó una voz más conocida.

Su padre titubeó antes de responder.

—Pocas, milord —admitió—. Tiene los pulmones perforados. Estas heridas suelen ser mortales.

—Haga lo que pueda —le ordenó lord Dakon.

Tessia alcanzaba ahora a distinguir los rostros de los dos magos. Lord Dakon tenía una expresión adusta. Su acompañante sonreía. Ella había recobrado la vista lo bastante para entrever sus anchas facciones sachakanas, la chaqueta y los pantalones primorosamente adornados y el cuchillo enjoyado que los sachakanos llevaban al cinto para indicar que eran magos. Lord Dakon dijo algo por lo bajo, y los dos se marcharon. Tessia oyó sus pasos alejarse por el pasillo.

De pronto, la luz parpadeó y se apagó, dejándolos a oscuras. Su padre maldijo entre dientes. La habitación se iluminó de nuevo, aunque con menor intensidad. Ella alzó la mirada y vio a Keron entrar con dos lámparas de tamaño normal.

—Ah, gracias —dijo el padre de Tessia—. Coloque una aquí, y la otra aquí.

—¿Necesita alguna cosa más? —preguntó el criado—. ¿Agua, paños?

—Por el momento lo que necesito por encima de todo es información. ¿Qué le ha pasado a este hombre?

—No... no estoy seguro. Yo no estaba presente.

—¿Hay algún testigo? Es fácil pasar por alto una lesión cuando hay tantas. Una descripción de dónde ha recibido cada golpe...

—Nadie lo ha visto —se apresuró a decir el hombre—. Solo lord Dakon, este esclavo y su amo.

¿Esclavo? Tessia bajó la vista hacia el herido. Claro. La piel curtida y los rasgos anchos eran típicos de los sachakanos. De repente comprendió el interés del mago sachakano.

Su padre suspiró.

—Entonces tráiganos un poco de agua, y mientras escribiré una lista del material que deberás ir a pedirle a mi esposa.

El mayordomo se marchó a paso veloz. El padre de Tessia la miró con gesto sombrío.

—Será una noche larga para ti y para mí. —Esbozó una sonrisa—. En momentos como este me pregunto si te sientes tentada por los planes que tu madre tiene para tu futuro.

—En momentos como este, ni siquiera se me pasa por la cabeza —repuso ella, y añadió en voz baja—: Esta vez quizá lo logremos.

Él abrió mucho los ojos y echó los hombros ligeramente hacia atrás.

—Manos a la obra, entonces.

Hospedar y atender a un mago sachakano nunca era fácil, y rara vez resultaba agradable. De todas las tareas que los criados de lord Dakon debían realizar, la de dar de comer al invitado era la que más angustia les provocaba. Si el ashaki Takado reconocía un plato como algo que ya había comido antes, lo rechazaba, aunque le hubiera gustado originalmente. Como le disgustaba la mayor parte de los platos y tenía un apetito voraz, antes de cada comida había que preparar muchos, muchos más guisos de los que solían hacer falta para dos personas.

La recompensa por soportar el grado de exigencia extremo del huésped era un exceso de alimentos que el servicio doméstico compartía después. «Si Takado se queda muchas semanas más, no me sorprendería que mis criados engordaran un poco —reflexionó Dakon—. Aun así, no me cabe la menor duda de que estarían mucho más contentos si el sachakano prosiguiese su camino.»

«Yo también lo estaría —añadió para sí mientras su invitado se reclinaba en su asiento, se daba unas palmaditas en el abultado vientre y dejaba escapar un eructo—, sobre todo si regresa a su patria, que es a donde supongo que se dirige, pues ha recorrido gran parte de Kyralia y esta es la residencia más cercana a la frontera.»

—Una comida excelente —dictaminó Takado—. El último plato tenía un toque de cascavea, ¿verdad?

Dakon asintió.

—Una de las ventajas de vivir cerca de la frontera es que los mercaderes sachakanos pasan por aquí de vez en cuando.

—Me extraña. La ruta directa a Imardin no pasa por Mandryn.

—No, pero las crecidas de primavera ocasionalmente inundan el camino principal, y la mejor ruta alternativa trae a los mercaderes a la aldea. —Se limpió los labios con una pieza de tela—. ¿Nos retiramos al salón?

Cuando Takado asintió, Dakon oyó un leve suspiro de alivio salir de boca de Cannia, que estaba de servicio en el comedor aquella noche. «Al menos los sufrimientos de los criados han terminado por hoy —pensó Dakon, cansado, mientras se ponía de pie—. Los míos no acabarán hasta que el hombre se vaya a dormir.»

Takado se levantó y se alejó de la mesa. Le sacaba una cabeza entera a Dakon, y sus amplias espaldas y su rostro ancho contribuían a darle un aspecto voluminoso. Bajo una capa de grasa blanda estaba la figura de un sachakano típico: fuerte y corpulenta. Dakon sabía que, al lado de Takado, debía de parecer patéticamente bajo y enclenque. Y pálido. Aunque la tez de los sachakanos no era tan oscura como la de los lonmarios del norte, tenían un saludable tono bronceado que las mujeres de Kyrulia llevaban siglos intentando conseguir por medio de pinturas.

Aún lo hacían, de hecho, pese a que, por lo demás, detestaban y temían a los sachakanos. Dakon fue el primero en salir del comedor. «Deberían sentirse orgullosas de su color de piel, pero no es fácil invertir la tendencia que tenemos desde hace siglos a creer que nuestra palidez evidencia que somos una raza débil y bárbara.»

Entró en el salón, seguido por Takado, que se dejó caer en el sillón del que se había adueñado para el resto de su estancia. El salón estaba iluminado por dos lámparas. Aunque no le habría costado ningún esfuerzo inundarla de una luz mágica, Dakon prefería el fulgor cálido de las llamas. Le recordaba a su madre, que carecía de poderes mágicos y prefería hacer las cosas «a la antigua usanza». Además, ella había decorado y amueblado el salón. Después de que otro visitante de Sachaka, impresionado con la biblioteca, decidiera que el padre de Dakon iba a obsequiarlo con varios libros valiosos, ella había decretado que, a partir de ese momento, se recibiera a dichas visitas en un salón repleto de tesoros que parecieran de valor incalculable pero que en realidad fuesen reproducciones, imitaciones o baratijas.

Takado estiró las piernas y observó a Dakon servir vino de una jarra que los criados habían dejado allí para ellos.

—Y bien, lord Dakon, ¿creéis que vuestro sanador puede salvar a mi esclavo?

Dakon no percibió el menor deje de preocupación en su voz. No esperaba que demostrara inquietud por la salud del esclavo, solo el interés que siente alguien por un objeto que le pertenece cuando se ha roto y alguien está reparándolo.

—El sanador Veran hará todo lo posible.

—Y si fracasa, ¿cómo pensáis castigarlo?

Dakon le tendió una copa a Takado.

—No pienso castigarlo.

Takado enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué estáis tan seguro de que hará todo lo posible?

—Porque confío en él. Es un hombre de honor.

—Es kyraliano. Mi esclavo es valioso para mí, y yo soy sachakano. ¿Quién me garantiza que no acelerará la muerte del hombre para fastidiarme?

Dakon se sentó y tomó un sorbo de vino. No era de una buena añada. Sus señoríos no gozaban de un clima favorable para la producción de vino. Sin embargo, era un caldo fuerte, lo que propiciaría que el sachakano se retirase a dormir antes. Por otro lado, Dakon dudaba que el alcohol le soltara la lengua a Takado. Esto no había ocurrido en ninguna de las noches anteriores.

—Porque es un hombre de honor —repitió Dakon.

El sachakano soltó un resoplido.

—¿Honor? ¿Entre criados? Yo, en vuestro lugar, me quedaría con la hija. No es fea, para tratarse de una kyraliana. Además, seguro que ha aprendido algunos trucos de sanación, así que sería una esclava útil.

Dakon sonrió.

—Sin duda os habréis percatado en el transcurso de vuestros viajes de que la esclavitud está prohibida en Kyralia.

—Oh —dijo Takado, arrugando la nariz—, no he podido evitar percatarme. A nadie le pasaría inadvertido el pésimo servicio que vuestros criados prestan a sus amos. Son hoscos, estúpidos, torpes. No siempre fue así, ¿sabéis? En otro tiempo vuestro pue-

blo practicaba la esclavitud con tanto entusiasmo como si la hubieran inventado ellos. Podrías reinstaurarla. De este modo tal vez recuperaríais la prosperidad de la que disfrutaban vuestros bisabuelos. —Apuró el vino en unos pocos tragos y exhaló un suspiro de satisfacción.

—Hemos disfrutado de más prosperidad después de abolir la esclavitud que en toda nuestra historia —informó Dakon a su invitado mientras se levantaba para servirle más vino al sachakano y llenar su propia copa—. Mantener esclavos no resulta rentable. Si se les maltrata, mueren antes de ser productivos, o bien se rebelan o huyen. Si se les trata bien, son tan caros de alimentar y de controlar como los sirvientes libres, pero carecen de motivación para trabajar como es debido.

—La única motivación es el miedo al castigo o la muerte.

—Un esclavo herido o muerto no resulta útil para nadie. Dudo mucho que matar a un esclavo a palos por haberos pisado el pie lo anime a tener más cuidado en el futuro. Su muerte ni siquiera servirá de ejemplo a otros, pues aquí no hay esclavos que puedan aprender la lección.

Takado removió el vino en su copa con expresión inescrutable.

—Seguramente se me fue un poco la mano. El problema es que, tras viajar con él durante meses, estoy más que harto de su compañía. A vos también os pasaría, si tuvierais que viajar a un país y estuvierais limitado a llevar un solo criado. Estoy seguro de que el único propósito del rey de Kyralia al que se le ocurrió esa ley era castigar a los sachakanos.

—Los criados contentos son mejores acompañantes —afirmó Dakon—. Me gusta conversar y tratar con mis sirvientes, que no parecen tener inconveniente en hablar conmigo o trabajar para mí. Si no me apreciaran, no me alertarían de posibles problemas en el señorío, ni me darían consejos para obtener mejores cosechas.

—Si mis esclavos no me alertaran de problemas en mis dominios ni sacaran el máximo rendimiento de mis cosechas, los mandaría matar.

—Y entonces sus habilidades se perderían para siempre. Mi gente vive más años, con lo que alcanzan un alto grado de excelencia en su trabajo. Se enorgullecen de ello y tienden a ser innovadores e inventivos..., como el sanador que se ocupa de vuestro esclavo.

—Pero no como su hija —dijo Takado—. Su habilidad va a quedar desaprovechada, ¿no? Es mujer, y en Kyrulia las mujeres no ejercen como sanadoras. En mi país, sabríamos aprovechar sus habilidades. —Se inclinó hacia Dakon—. Si dejáis que os la compre, me aseguraré de que llegue a utilizarlas. Algo me dice que ella agradecería esta oportunidad. —Bebió un trago de vino, observando a Dakon por encima del borde de la copa.

«Para tratarse de un hombre codicioso y cruel con demasiado poder y demasiado poco dominio de sí mismo, Takado puede ser perturbadoramente perspicaz», reflexionó Dakon.

—Aunque eso no me obligara a infringir la ley y además ella estuviese de acuerdo, no creo que lo que os interese en realidad sean sus dotes de sanadora.

Takado se rió y se relajó en su sillón.

—Me habéis calado de nuevo, lord Dakon. Imagino que no habéis probado aún ese plato..., ¿me equivoco?

—Por supuesto que no. Le doblo la edad.

—Eso solo la hace más atractiva.

Dakon sabía que Takado estaba provocándolo otra vez.

—Y aumenta las probabilidades de que semejantes amoríos me hicieran quedar como un tonto.

—No tiene nada de vergonzoso procurarse un poco de diversión mientras buscáis una esposa digna de vos —alegó Takado—. Me sorprende que no hayáis encontrado una todavía. Una esposa, me refiero. Supongo que no hay féminas en el señorío de Aylen que estén a la altura de vuestra posición social. Deberíais viajar a Imardin más a menudo. Al parecer, todo aquello en lo que vale la pena participar sucede allí.

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita —convino Dakon, tomando un sorbo de vino—. ¿Disfrutasteis de vuestra estancia allí?

Takado se encogió de hombros.

—No sé si la palabra «disfrutar» es la más adecuada. Me pareció un lugar tan primitivo como me esperaba.

—Si no esperabais pasarlo bien, ¿por qué fuisteis allí?

Los ojos del sachakano relampaguearon cuando le tendió de nuevo su copa vacía.

—Para satisfacer mi curiosidad.

Dakon se levantó para volver a llenársela. Cada vez que intentaba averiguar el motivo del viaje de Takado por Kyralia, el sachakano adoptaba una actitud displicente o cambiaba de tema. Era un asunto que había puesto nerviosos a varios magos, sobre todo porque habían oído rumores de que algunos de los magos sachakanos más jóvenes se habían reunido en Arvice, capital de Sachaka, para discutir si era posible recuperar las antiguas colonias del imperio. El rey de Kyralia había enviado en secreto a todos los terratenientes la petición de que todo señor o señora que diera alojamiento a Takado intentara sonsacarle el porqué de su visita.

—¿Y bien? ¿Se ha visto satisfecha vuestra curiosidad? —preguntó Dakon cuando regresó a su asiento.

Takado hizo un gesto vago.

—Me quedan cosas por ver, pero ¿sin un esclavo...? No.

—Todavía es posible que vuestro esclavo sobreviva.

—Aunque os estoy muy agradecido por vuestra hospitalidad, no voy a quedarme aquí solo para ver si un esclavo del que me he hartado se recupera. Seguramente ya he consumido una parte importante de vuestros recursos. —Hizo una pausa para beber—. No: si sobrevive, quedaos con él. Sin duda quedará tullido y no servirá para nada.

Dakon pestañeó, sorprendido.

—De modo que si sobrevive y yo le permito instalarse aquí, ¿le otorgáis la libertad?

—Claro, por supuesto. —Takado agitó la mano, como para restar importancia al asunto—. No puedo forzaros a vulnerar vuestras propias leyes.

—Os agradezco vuestra consideración. En fin, ¿adónde iréis después? ¿Volveréis a casa?

El sachakano asintió y sonrió de oreja a oreja.

—No puedo permitir que los esclavos de mis dominios empiecen a concebir ideas absurdas sobre quién está al mando, ¿verdad?

—Dicen que la ausencia debilita los lazos de afecto.

Takado se rió.

—Los kyralianos tenéis unos proverbios de lo más curiosos, como aquel de «dormir es el tónico más barato». —Se puso de pie

y, mientras Dakon lo imitaba, le entregó su copa de vino vacía—. No os habéis terminado la vuestra —señaló.

—Como sin duda ya sabéis, los cuerpos menudos se emborriachan deprisa. —Dakon dejó su copa medio llena en la bandeja, junto a la vacía—. Y mientras haya un hombre herido en mi casa, me siento obligado a permanecer sobrio, aunque ese hombre no sea más que un humilde esclavo sachakano.

Takado le dedicó una mirada entre inexpresiva y divertida.

—Los kyalianos sois un pueblo verdaderamente extraño. —Giró sobre sus talones—. No hace falta que me acompañéis a mi habitación. Recuerdo el camino. —Se tambaleó ligeramente—. Al menos, eso creo. Buenas noches, lord Dakon, como decís los extraños kyalianos.

—Buenas noches, ashaki Takado —respondió Dakon.

Observó al sachakano, que echó a andar por el pasillo a paso tranquilo, y escuchó las pisadas que se alejaban. Entonces lo siguió lo más silenciosamente posible. Su intención no era cerciorarse de que su invitado llegara efectivamente a su dormitorio, sino comprobar los progresos de Veran. La habitación del esclavo, como es natural, no estaba lejos de la de su amo, y Dakon no quería que el sachakano descubriese adónde se dirigía y decidiera acompañarlo.

Tras recorrer varios pasillos y subir una escalera, Dakon vio que Takado pasaba junto a la puerta de su esclavo sin echarle siquiera un vistazo y desaparecía en sus aposentos. De la habitación del esclavo salían sonidos ahogados. La luz que se derramaba por debajo de la puerta parpadeaba. Dakon se detuvo por unos instantes, pensando si debía interrumpir.

«El esclavo se salvará o morirá —se dijo—. Que yo lo visite no influirá en el resultado.» Sin embargo, no era capaz de verlo con el sentido práctico con que Takado trataba a todos los seres humanos excepto los más poderosos. El recuerdo del esclavo inmovilizado contra la pared, sacudido por los golpes invisibles que le asestaba despiadadamente el mago sachakano, estremeció a Dakon. El chasquido de los huesos al romperse y el restallido de los impactos sobre la piel desprotegida todavía resonaban en sus oídos.

Dio media vuelta y se encaminó a sus aposentos, luchando contra sus deseos de que Veran fracasara.

Y es que, en el nombre de la magia superior, ¿qué haría con un esclavo sachakano liberado?

La luz del alba iluminaba la aldea cuando Tessia y su padre salieron de la casa de lord Dakon. Aunque era un resplandor tenue y frío, cuando ella se volvió hacia su padre supo que el tono ceniciento de su rostro no era solo un efecto de la luz. Estaba agotado.

Su hogar estaba al otro lado de la calle, a unos cien pasos, pero la distancia parecía enorme. Habría sido absurdo pedir a los mozos de cuadra que engancharan un caballo al carro para un trayecto tan ridículamente corto, pero ella estaba tan cansada que deseaba que alguien se lo hubiera pedido. Su padre tropezó con una piedra, y ella lo sujetó por el brazo para ayudarlo a recobrar el equilibrio, al tiempo que aferraba el asa de la bolsa con la otra mano. Le pareció más pesada que nunca, pese a que gran parte de las vendas y una cantidad considerable de las medicinas que solía contener estaban aplicadas a varias partes del cuerpo del esclavo sachakano.

«Pobre hombre.» Su padre lo había abierto para extraer la costilla rota del pulmón, y luego había cosido el corte. En circunstancias normales, semejante operación habría matado al sachakano, pero por alguna razón continuaba vivo y respirando. Su padre había dicho que era pura cuestión de suerte que la incisión que había practicado no hubiera seccionado una de las principales vías de pulso.

Había hecho el corte más pequeño posible y se había guiado sobre todo por el tacto, explorando el interior del cuerpo del hombre con los dedos. Había sido algo increíble de observar.

Cuando llegaron frente a la puerta de su casa, Tessia se adelantó para abrirla. Sin embargo, cuando extendió el brazo hacia el tirador, la puerta se abrió hacia dentro. Su madre los hizo pasar con la preocupación marcada en el rostro.

—Cannia me ha dicho que estabais atendiendo a un sachakano. Al principio he creído que se refería a él. He pensado: «¿Cómo puede acabar tan malherido un mago?», pero ella me ha aclarado que se trataba del esclavo. ¿Está vivo?

—Sí —dijo el padre de Tessia.

—¿Lo seguirá estando?

—Lo dudo. Pero es un tipo duro, todo sea dicho.

—Apenas ha gritado —añadió Tessia—, aunque sospecho que era porque temía atraer la atención de su amo.

Su madre clavó la mirada en ella. Abrió la boca, la cerró de nuevo y sacudió la cabeza.

—¿Os han dado de comer? —preguntó.

Su padre tenía un aspecto pensativo.

—Keron nos ha llevado un tentempié —respondió Tessia en su lugar—, pero no hemos tenido tiempo de comérmolo.

—Calentaré un poco de sopa. —La mujer los hizo pasar a la cocina, y Tessia y su padre se dejaron caer en sendas sillas frente a la mesa. Su madre removió las brasas del hogar hasta que la leña fresca prendió y acto seguido colgó una olla pequeña sobre las llamas.

—Tenemos que visitarlo con regularidad —murmuró el padre de Tessia, más para sí que para que lo oyeran Tessia o su madre—. Cambiarle los vendajes. Comprobar si tiene fiebre.

—¿Te ha explicado Cannia el motivo de la paliza? —preguntó Tessia a su madre.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Qué motivo necesitan esos salvajes sachakanos? Seguro que lo hizo por diversión, pero le pegó un poco más fuerte de lo que pretendía.

—Lord Yeven siempre decía que no todos los sachakanos son crueles —señaló su padre.

—Pero la mayoría lo son —concluyó Tessia, con una sonrisa. El padre de lord Dakon había muerto cuando ella era niña. Lo recordaba vagamente como un hombre bondadoso que siempre llevaba consigo caramelos para dar a los niños de la aldea.

—Bueno, evidentemente estamos hablando de uno de los crueles. —La madre de Tessia miró a su marido, y su expresión ceñuda apareció de nuevo—. Preferiría que no tuvierais que volver allí.

Él le sonrió con tristeza.

—Lord Dakon no permitirá que nos ocurra nada.

La mujer dirigió la mirada hacia Tessia antes de posarla de nuevo en él. La arruga de su entrecejo se hizo más profunda, y la preocupación en su semblante dio paso a la irritación. Se volvió hacia el fuego, probó la sopa con la punta del dedo y asintió para sí. Descolgó la olla y vertió su contenido en dos tazas. Tessia cogió

las dos y le alargó una a su padre. El caldo estaba caliente y delicioso, y ella notó que la somnolencia la invadía conforme bebía. A su padre se le cerraban los ojos.

—Y ahora, a la cama, los dos —dijo su madre en cuanto terminaron de cenar.

Ninguno de ellos protestó cuando les ordenó que subieran a sus respectivas habitaciones. Un cansancio profundo se adueñó de Tessia mientras se ponía su ropa de dormir. Se acurrucó bajo las mantas y exhaló un suspiro de satisfacción.

Justo cuando empezaba a conciliar el sueño, el sonido de unas voces la despertó.

Procedía del otro lado del pasillo, del dormitorio de sus padres. Al recordar la conversación que había mantenido con su padre el día anterior, sintió una punzada de angustia. Se incorporó, ayudándose con los brazos, y giró las piernas para apoyar los pies en el suelo.

Su puerta emitió solo un chirrido leve y agudo cuando la abrió. No había escuchado a escondidas una conversación entre sus padres a altas horas de la noche desde hacía muchos años, cuando era niña. Tras acercarse con sigilo a la puerta de ellos, aplicó la oreja a la madera.

—Tú también quieres tenerlos —dijo su madre.

—Por supuesto, pero nunca esperaría eso de Tessia si ella no quisiera —replicó su padre.

—Pero sería una desilusión para ti.

—Y un alivio. Siempre supone un riesgo. He visto morir a demasiadas mujeres sanas.

—Es un riesgo que todas debemos asumir. Negarse a tener hijos por miedo es un error. Sí, supone un riesgo, pero tiene muchas compensaciones. Estaría renunciando a un placer inmenso. ¿Y quién cuidará de ella cuando sea vieja?

Siguió un silencio.

—Si tuviera un hijo varón, podrías instruirlo —añadió su madre.

—Es tarde para eso. Cuando yo fuera demasiado mayor para trabajar, el chico seguiría siendo demasiado joven e inexperto para cargar con la responsabilidad.

—¿Por eso estás instruyendo a Tessia? Ella no puede ocupar tu lugar. Lo sabes.

—Podría, si compartiera el trabajo con otro sanador. Podría

ser... no sé cómo llamarlo... una mezcla entre sanadora y comadrona. Una... una «cuidadora», tal vez. O al menos una ayudante.

A Tessia le entraron ganas de interrumpirlos, de decirles que estaba capacitada para ser más que media sanadora, pero se quedó callada y quieta. Irrumpir en la habitación dejando patente que había estado escuchando lo que no debía ni la ayudaría precisamente a conseguir que su madre cambiara de idea.

—Tienes que tomar a un mozo del pueblo a tu servicio —dijo su madre con firmeza—, y debes dejar de adiestrarla a ella. Le has llenado la cabeza de ideas imposibles. Ni siquiera se planteará la posibilidad de casarse o de formar una familia mientras siga intentando convertirse en sanadora.

—Si doy empleo a un nuevo aprendiz, me llevará un tiempo adiestrarlo. Necesitaré la ayuda de Tessia mientras tanto. La aldea está creciendo y no dejará de hacerlo. Para cuando yo haya conseguido formar a ese chico, tal vez necesitemos a dos sanadores aquí. Tessia podría seguir trabajando... y tal vez incluso casarse.

—Su esposo no lo permitiría.

—Tal vez sí, si ella escoge a la persona adecuada, a un hombre inteligente...

—Un hombre tolerante. Un hombre al que no le importen ni los rumores ni romper la tradición. ¿Dónde encontrará ella a alguien así?

El padre de Tessia guardó silencio durante largo rato.

—Estoy cansado. Necesito dormir —dijo al fin.

—No eres el único. Me he pasado casi toda la noche preocupándome por vosotros, sobre todo al pensar que Tessia estaba bajo el mismo techo que ese salvaje sachakano.

—No corríamos peligro alguno. Lord Dakon es un hombre bueno.

Las pocas palabras que siguieron sonaron apagadas. Cuando la pareja llevaba un buen rato sin hablar, Tessia regresó a su cama con cautela.

«Anoche le demostré mi valía —pensó con soberbia—. Ahora no puede pedirme que deje de ayudarlo. Sabe que ninguno de los jovencitos bobos del pueblo tendría las agallas ni los conocimientos para tratar las heridas de aquel esclavo.

»En cambio, yo he demostrado tenerlos.»

El aprendiz Jayan sonrió al oír el golpecito en la puerta. Se volvió e hizo girar la manija enviándole una pequeña descarga de magia. Con un chasquido, la puerta se abrió hacia dentro. Al otro lado, una joven hizo una reverencia con toda la gracia que le permitió la bandeja grande que llevaba.

—Saludos, aprendiz Jayan —dijo con voz cantarina mientras entraba en la habitación. Se acercó a él con su carga, la apoyó sobre su cadera y comenzó a colocar cuencos, platos y tazas sobre el escritorio.

—Saludos, Malia —respondió él—. Hoy te veo especialmente alegre.

—Lo estoy —dijo ella—. El invitado del señor se marcha hoy. Él enderezó la espalda.

—¿De veras? ¿Estás segura?

—Totalmente. Supongo que no soporta estar sin un esclavo que atienda a todas sus necesidades. —Lo miró de reojo, pensativa—. Me pregunto cómo te las arreglarías tú sin mí.

Jayan hizo caso omiso de su comentario y de la evidente incitación a lanzarle un piropo.

—¿Por qué no tiene un esclavo? ¿Qué ha pasado con el que trajo consigo?

Malia abrió mucho los ojos.

—Ah, claro. No podías saberlo. Seguro que no te has enterado de nada, aquí escondido en la parte de atrás de la Residencia. Takado casi mató a su esclavo a golpes ayer por la tarde. El sanador Veran se pasó toda la noche tratándolo. —A pesar de su tono

desenfadado, sus gestos rápidos delataban su intranquilidad. Él supuso que el comportamiento del sachakano había puesto nerviosos a todos los criados. Sabían que para él había poca diferencia entre ellos y un esclavo.

Sin embargo, la sonrisa de Malia volvió rápidamente a sus labios, esta vez cargada de picardía. Sabía lo que la marcha del sachakano significaría para él. Jayan la miró con expectación.

—¿Y bien?

La sonrisa se ensanchó.

—¿Y bien qué?

—¿Está vivo o muerto?

—Ah. —Arrugó el entrecejo y se encogió de hombros—. Supongo que sigue vivo, pues de lo contrario habríamos oído algo.

Jayan se puso de pie y se acercó a la ventana. Tenía ganas de buscar a Dakon para informarse mejor, pero su patrón le había ordenado que se quedara en su habitación mientras el sachakano estuviera en la Residencia. Mirando a través de la ventana las puertas cerradas de las caballerizas y el jardín desierto, se mordió el labio.

«Si no puedo averiguarlo por mí mismo, Malia estaría más que dispuesta a obtener esa información para mí.»

El problema era que ella siempre quería algo más que las gracias a cambio de sus favores. Si bien era bastante bonita, Dakon le había advertido hacía tiempo que las doncellas tenían la costumbre de encapricharse de los aprendices de mago jóvenes —o de su influencia y su fortuna—, y que él no debía aprovecharse de ellas, ni permitir que ellas se aprovecharan de él. Aunque Jayan sabía que su patrón perdonaba los errores o malas conductas ocasionales, también había descubierto en los últimos cuatro años que el mago tenía formas sutiles y desagradables de castigar los comportamientos inaceptables. No creía que Dakon fuera a sancionar aquella mala conducta con el castigo más extremo —enviar a un aprendiz de vuelta a casa con su familia sin haber completado su formación y sin haber adquirido los conocimientos de magia superior que necesitaría para ejercer como mago independiente—, pero Malia no lo atraía tanto como para correr ese riesgo. Ni Malia ni ninguna otra joven, de hecho.

El truco con Malia consistía en no pedirle nada de manera di-

recta, sino simplemente expresar el deseo de saber algo. Si ella le facilitaba información que Jayan le hubiera pedido, la chica consideraba que él le debía algo a cambio.

—Me pregunto cuándo se marchará el sachakano —murmuró él.

—Oh, seguramente no se pondrá en camino antes del anochecer —comentó Malia con desenfado.

—¿El anochecer? ¿Por qué quiere viajar de noche?

Ella sonrió y se colocó la bandeja bajo el brazo.

—No lo sé, pero me gusta la idea de que te quedes aquí encerrado y solo durante todo un día más. Al fin y al cabo, no querrás arriesgarte a que se quede prendado de ti y te lleve a casa consigo para sustituir a su esclavo, ¿verdad? Que pases un buen día.

Con una risita salió de la habitación y cerró la puerta detrás de sí. Jayan se quedó contemplando la parte interior de la puerta, preguntándose si ella le había adivinado las intenciones o simplemente estaba aprovechando la oportunidad para tomarle el pelo.

Después suspiró, regresó a su escritorio y comenzó a desayunar.

Al principio, a Jayan no le había molestado la decisión de Dakon de que se quedara en su habitación mientras durase la visita del sachakano. Tenía muchos libros para leer y estudiar, y no le importaba estar solo. No le preocupaba que Takado intentara secuestrarlo, como Malia había insinuado, pues los sachakanos no esclavizaban a nadie que tuviera acceso a sus dotes mágicas. Preferían esclavos con un talento poderoso pero latente, que no supieran utilizar la magia pero poseyeran una gran energía mágica que su amo pudiera absorber.

No, si surgía algún conflicto entre Takado y Dakon, era más probable que el sachakano intentara matar a Jayan. Una de las funciones de un aprendiz era proporcionar a su maestro una fuente de fuerza mágica adicional, tal como hacían los esclavos, con la diferencia de que los aprendices adquirirían conocimientos de magia a cambio. Y eran hombres o mujeres libres.

Por otro lado, que surgiera un conflicto entre Takado y Dakon era improbable. Tendría repercusiones diplomáticas en Sachaka y Kyralia que ninguno de los dos magos querría afrontar. Aun así, cabía la posibilidad de que Takado armase algún lío de poca importancia, sabiendo que estaba a poco más de un día de viaje de

su tierra, solo para demostrar la superioridad y el poder de los sachakanos.

¿Algo como dar una paliza de muerte a su propio esclavo?

«Supongo que ya ha demostrado lo que quería. Nos ha dejado claro que sigue teniendo poder sobre otras vidas humanas, y lo ha hecho sin vulnerar una sola ley de Kyralia.»

Este pensamiento le infundió una extraña sensación de alivio. Ahora que el sachakano había demostrado lo que quería, se marcharía —estaba a punto de marcharse—, y pronto Jayan estaría fuera de peligro. Podría salir de la habitación, incluso de la Residencia, si le apetecía. La vida volvería a la normalidad.

Jayan se sintió más alegre. Aunque había creído que nunca se hartaría de su propia compañía o de leer, resultó que era capaz de llegar a un punto en el que empezaría a echar de menos la luz del sol y el aire fresco. Había sobrepasado ese punto hacía días, y desde entonces estaba muy inquieto.

La magia que podía aprenderse en los libros era limitada. Para desarrollar una habilidad era necesario practicar. Hacía semanas que no recibía una clase de lord Dakon. Cada día que pasaba era una lección aplazada. Cada lección aplazada implicaba retrasar el momento en que lord Dakon le enseñaría magia superior y Jayan se convertiría en un mago hecho y derecho.

Entonces gozaría del respeto y el poder que le corresponderían como mago superior, y empezaría a amasar una fortuna por su cuenta. Tendría un título al igual que lord Velan, su hermano mayor, si bien el de «mago» nunca superaría en importancia al de «lord». En Kyralia nadie era más respetado que un terrateniente, aunque sus propiedades se redujeran a una de las viejas casas señoriales de la ciudad.

Sin embargo, poseer un señorío se valoraba más que poseer una casa, lo que resultaba irónico, pues los magos que vivían en el campo tenían fama de atrasados e ignorantes. Mientras Jayan estuviera en buenas relaciones con su maestro, y Dakon no se casara y engendrara un heredero, existía la posibilidad de que el lord lo nombrase su sucesor. No era insólito que un mago concediera este honor a un antiguo aprendiz.

No obstante, la perspectiva de aventajar a su hermano como terrateniente no era lo único que seducía a Jayan. La idea de reti-

rarse a Mandryn algún día también era muy atractiva. Había descubierto que le gustaba aquella vida tranquila, alejada de los juegos sociales de la ciudad que antes le agradaba presenciar, y de la influencia de su padre y su hermano.

«Pero Dakon no es demasiado viejo para casarse y tener hijos —pensó—. Su padre hizo ambas cosas a una edad bastante avanzada. Además, aunque Dakon no encuentre una esposa, le quedan muchos años de vida, así que dispongo de tiempo de sobra para explorar el mundo primero. Y cuanto antes aprenda lo que necesito para convertirme en mago superior, antes seré libre para viajar a donde me plazca.»

La luz que se colaba en torno a las contraventanas de la habitación de Tessia no tenía sentido. Entonces le vino a la memoria el trabajo de la noche anterior y se acordó de que ella y sus padres se habían ido a dormir cuando era casi de día. Claro que la luz no tenía sentido. Era mediodía.

Permaneció un rato tumbada, suponiendo que el sueño volvería a apoderarse de ella, pero no fue así. Aunque solo había dormido unas horas y todavía sentía un cansancio abrumador, siguió despierta. Le hacían ruido las tripas. Tal vez era el hambre lo que le impedía dormir. Se levantó de la cama, se vistió y se peinó. Cuando salió silenciosamente de su habitación, vio que la puerta de sus padres todavía estaba cerrada. Alcanzaba a oír unos ronquidos débiles.

Llegó al pie de la escalera y se dirigió hacia la cocina. El hogar estaba frío, pues el fuego de la mañana se había extinguido. Se sirvió frutos de pachí en un cuenco que depositó sobre la mesa. Entonces reparó en que la bolsa de su padre estaba en el suelo.

«El esclavo —pensó—. Papá dijo que el primer día de cuidados después de la cura era el más importante. Hay que cambiar los vendajes y limpiar las heridas. Además, debe de estarse pasando el efecto de los remedios para el dolor.»

Alzó la vista al techo, hacia el dormitorio de sus padres, planteándose si debía interrumpir el sueño de su padre. «Aún no —decidió—. A su edad, necesita dormir más que yo.»

Así que esperó. Pensó en cocinar algo, pero dudaba que pudie-

ra hacerlo sin despertar a sus padres. En vez de eso, revisó la bolsa de su padre. Entró en su despacho, llenó los frascos de medicamentos, y repuso hilo y vendas. A continuación, limpió y afiló con cuidado todos sus instrumentos, mientras el sol que entraba a raudales por las ventanas se desplazaba lentamente por la habitación.

El trabajo la mantuvo atareada durante unas horas. Como no se le ocurrió ninguna otra tarea de la que ocuparse, regresó a la cocina tras dejar la bolsa de su padre junto a la puerta principal. Subió con sigilo la escalera y se puso a deliberar mientras escuchaba los ronquidos.

«Tenemos que ir a ver al paciente pronto —pensó—. Debería despertar a papá..., pero entonces despertaría a mamá también. Otra opción es ir yo sola.»

Esta última posibilidad le provocó un escalofrío de emoción. Si atendía al esclavo por su cuenta —si los criados de la casa de lord Dakon se lo permitían—, ¿no demostraría que los aldeanos confiaban en ella como sanadora? ¿No sería una prueba de que, con el tiempo, podría ocupar el lugar de su padre?

Bajó la escalera de nuevo y se acercó a la puerta principal. Al ver la bolsa de su padre, la asaltó la duda.

«Papá podría enfadarse. Por otro lado, hacer algo que él no me ha pedido no es tan malo como desobedecer una orden. Tampoco voy a hacer nada más que encargarme de los sencillos cuidados de rutina posteriores a la cura. —Sonrió para sí—. Y si le pido a uno de los criados de la Residencia que permanezca a mi lado, demostraré que he tenido en consideración las preocupaciones de mamá sobre mi seguridad.»

Cogió las asas de la bolsa, la levantó, abrió la puerta lo más silenciosamente posible y se escabulló al exterior.

Advirtió que había varios aldeanos por los alrededores. Los dos hijos del panadero estaban reclinados contra la pared de su casa, disfrutando de aquella tarde soleada. La saludaron con un movimiento de la cabeza y ella correspondió con una sonrisa. «¿Estarán en la lista de mi madre de posibles maridos?», se preguntó. No estaba interesada en ninguno de ellos. Aunque se habían vuelto bastante educados, ella no podía evitar acordarse de lo mal que la trataban cuando eran niños, insultándola y dándole tirones en el pelo.

La viuda del herrero avanzaba con pasos lentos y pausados por la calle principal, apoyándose en dos bastones. Siempre que hacía sol, caminaba de un lado a otro de la aldea desde que Tessia tenía memoria. Cuando Tessia era niña y la viuda estaba menos marchita, otras mujeres mayores del pueblo se unían a ella y se entregaban a los chismorreos durante el paseo. Ahora las otras mujeres decían que eran demasiado viejas para salir de casa, pues les daba miedo tropezar o que los niños de la aldea las tiraran al suelo.

Unos gritos y risas infantiles algo distantes atrajeron la atención de Tessia hacia el río, donde unas figuras menudas se arremolinaban en torno a la orilla extensa y llana del meandro, en la que ella jugaba de pequeña. Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre, y se volvió a tiempo para ver a un granjero de la localidad, que movió la cabeza a modo de saludo mientras se cruzaba con ella.

El hombre procedía de la casa de lord Dakon, que estaba a solo unas docenas de pasos de distancia de allí. Tessia enfiló el callejón que discurría junto a la Residencia, se acercó a la puerta lateral por la que había entrado con su padre el día anterior y llamó.

Cannia abrió la puerta. Tras sonreír a Tessia, la mujer escrutó el callejón con la mirada.

—Mi padre todavía está descansando —explicó Tessia—. Tengo que examinar al esclavo y volver para informarle de su estado.

Cannia asintió e hizo señas para que entrara.

—Le he llevado un poco de caldo esta mañana. He intentado darle de comer en la boca, pues no está en condiciones de alimentarse por sí mismo. No ha tomado más que unas cucharadas.

—O sea que está despierto.

—Ya lo creo, aunque me parece a mí que preferiría no estarlo.

—¿Podría usted u otra persona ayudarme mientras lo atiende?

—Por supuesto. —Encendió una lámpara y se la dio a Tessia—. Adelántate y enviaré a alguien a que te ayude.

Tessia notó un leve cosquilleo en la piel mientras subía las escaleras hacia la habitación del esclavo. No podía evitar preguntarse dónde estaba el sachakano, y esperaba no toparse con él. Cuando llegó al cuarto del esclavo y no encontró en él más que a su paciente, suspiró aliviada.

El hombre clavó en ella sus pupilas dilatadas. Ella no alcanza-

ba a distinguir si su expresión era de miedo o de sorpresa. En ese momento cayó en la cuenta de que nadie le había dicho cómo se llamaba el esclavo.

—Te saludo de nuevo —dijo—. He venido a cambiarte los vendajes y a comprobar si estás sanando debidamente.

Por toda respuesta, él siguió mirándola con fijeza. Bueno, ella no podía esperar que hablara, pues tenía la mandíbula rota y la cabeza vendada de forma que no pudiera moverla. No participaría mucho en la conversación.

—Debe de dolerte mucho —prosiguió ella—. Puedo darte medicinas para calmar el dolor. ¿Te gustaría?

El hombre parpadeó y asintió.

Sonriente, Tessia rebuscó en la bolsa de su padre y extrajo un jarabe que Veran utilizaba con los niños. Al esclavo le costaría tragar, y un bebedizo de polvo disuelto en agua seguramente le dejaría partículas amargas en la boca si no conseguía bebérselo con facilidad. Ella tendría que rebajar el jarabe con un poco de agua, y administrárselo gota a gota a través de un sifón que le insertaría entre los labios.

Cuando el medicamento entró en la boca del hombre, este se puso muy rígido y luego tragó. En vez de relajarse de nuevo, miró a un punto situado detrás de Tessia, con los ojos desorbitados.

«Parece aterrorizado», pensó ella.

Una ligera corriente de aire le indicó que la puerta estaba abierta.

Retiró el sifón, retrocedió unos pasos y alzó la vista para ver quién era la persona que Cannia le había enviado. El hombre que le devolvió la mirada era alto, corpulento y llevaba ropa de aspecto exótico.

A Tessia el corazón se le heló de terror.

—Veo que has vuelto para echarle un vistazo a Hanara —comentó el sachakano con una sonrisa carente de gratitud auténtica—. Qué detalle por tu parte. ¿Sobrevivirá?

Ella tomó una bocanada de aire y de alguna manera consiguió que su voz resultara audible.

—No lo sé..., mi señor.

—Da igual si no sobrevive —le aseguró él en tono tranquilizador.

A Tessia no se le ocurrió nada que responder a esto, de modo que guardó silencio. «¿Dónde está el criado que Cannia ha dicho

que enviaría? —se preguntó—. ¿Dónde está lord Dakon, a todo esto? Me extrañaría que dejara al sachakano deambular por la casa sin nadie que lo vigile...»

—Supongo que es un buen paciente con el que experimentar —añadió el sachakano, mirando a su esclavo—. Tal vez aprendas algo nuevo. —El esclavo rehuyó la mirada de su amo. El sachakano se volvió de nuevo hacia ella—. Que te diviertas.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Tessia soltó un suspiro de alivio y oyó otra exhalación que siguió a la suya. Miró al esclavo y le dedicó una sonrisa velada.

—Tu amo tiene un concepto extraño de la diversión —murmuró, y a continuación comenzó a cambiar los vendajes.

Mientras trabajaba, él no emitió sonido alguno; se limitaba a contener la respiración cuando ella retiraba las vendas que se habían pegado un poco a las heridas. Sus lesiones presentaban un aspecto sorprendentemente bueno; la inflamación era mínima, y no supuraban. Tessia las limpió todas a conciencia con un purificador y sustituyó las vendas sucias por otras nuevas.

Cuando al fin terminó, la visita del sachakano no era más que un recuerdo lejano y desagradable. Guardó el material en la bolsa de su padre y la recogió. Se detuvo ante la puerta y se despidió del esclavo con un gesto de la cabeza.

—Que descanses, Hanara.

Se formaron arrugas en torno a los ojos del hombre, lo más parecido a una sonrisa que pudo esbozar. Satisfecha con su trabajo, Tessia salió de la habitación y echó a andar por el pasillo en dirección a las escaleras de servicio, preguntándose si sus padres se habrían despertado ya.

—¿Has terminado, Tessia?

La voz, que salía de una de las puertas, hizo que el alma le cayera a los pies.

El sachakano. Ella se detuvo y al instante se maldijo a sí misma por haberlo hecho. De haber seguido caminando, podría haber fingido que no lo había oído, pero ahora sería una grosería no responder. Respiró hondo, retrocedió dos pasos y miró al interior de la habitación. Era un salón amueblado con sillones cómodos y mesitas sobre las que un invitado podía colocar una bebida o un libro. El sachakano estaba sentado en una silla grande de madera.

—Así es, maestro —contestó ella.

—Acércate —indicó él en voz baja, pero con el tono firme de un hombre que esperaba que lo obedecieran.

Con el corazón desbocado, Tessia se aproximó a la puerta. El sachakano sonrió y agitó la mano.

—Más cerca —dijo.

Ella entró en la habitación, se detuvo a unos pasos de él y se concentró en mantener el semblante lo más inexpresivo posible.

De detrás de ella le llegó el sonido de la puerta que se cerraba con fuerza. Se sobresaltó y el corazón le dio un vuelco. Entonces masculló una maldición, pues sabía que su rostro había delatado el miedo que sentía. «Espero que crea que solo ha sido por la sorpresa», se dijo. Al percatarse de que tenía la respiración agitada, intentó respirar más despacio.

El sachakano se levantó y se dirigió hacia ella, mirándola a los ojos en todo momento. Alguien le había dicho a Tessia alguna vez que sostener la mirada de un sachakano era una forma de demostrarle que uno se consideraba su igual. A menos que uno fuera un mago poderoso, era posible que el sachakano intentara demostrarle la gravedad de su error. Ella bajó la vista.

—Hay un asunto privado que quisiera tratar contigo —le dijo él en voz baja.

Ella asintió.

—Vuestro esclavo. Está...

—No. Me refiero a otra cosa. He estado observándote. Tienes cualidades muy especiales, para ser una kyaliana. Me he fijado en que aquí nadie sabe apreciar tu auténtica valía. ¿Estoy en lo cierto? Yo podría remediar eso.

Se colocó un poco más cerca de ella. Demasiado cerca. Ella retrocedió un paso. «¿A qué está jugando? —se preguntó—. ¿Se cree lo bastante poderoso para cambiar la forma en que vivimos aquí en Kyalia? ¿O es que piensa que me dejaría engañar por algo tan absurdo como la oferta de una vida mejor en Sachaka?»

—Si aquí no soy capaz de convencer a nadie de que puedo ser sanadora, la situación no será distinta en un sitio donde nadie me conozca —replicó ella.

Él guardó silencio por unos instantes y luego se rió.

—Oh, la capacidad de sanar a otros es solo una de tus cualida-

des. Las demás están aún más desaprovechadas. Fíjate en ti... —Se le acercó de nuevo, extendiendo el brazo, y le tocó un lado de la cara. Ella se apartó, estremeciéndose—. Qué huesos tan perfectos. Qué cabello tan lacio y brillante, qué tez tan pálida. Cuando llevaba poco tiempo aquí, las mujeres kyalianas me parecían feas, pero de vez en cuando veía alguna que me hacía cambiar de opinión. Como tú. Los hombres de aquí son tan bobos... —Había ido bajando la voz, al tiempo que su tono se tornaba más vehemente, y ella reculó, intentando eludir las manos que se alargaban hacia ella para tocarle el pelo... y ceñirle la cintura, como serpientes.

—¡Basta! —exclamó Tessia, dejando caer la bolsa y apartando las manos del sachakano.

Él se detuvo, con expresión sombría.

—Nadie quiere lo que tú tienes, muchacha. Así que a nadie le importará si te lo arrebató.

Algo empezó a apretarla desde todas direcciones. Ella miró alrededor, pero no vio señales de la fuerza que la oprimía. Una presión implacable en la espalda la empujó hacia delante, contra el sachakano, que soltó una carcajada.

—Lord Dakon —tosió ella— no os permitirá...

—No está aquí. ¿Y qué hará cuando se entere? ¿Castigarme? Para entonces ya estaré a medio camino de mi tierra. De todos modos, ¿cuántas personas quieres que se enteren?

Mientras él le tiraba de la parte delantera del vestido, ella intentó mover los brazos, pero una fuerza invisible los mantenía inmovilizados. Tampoco podía mover las piernas. No podía mover nada, ni siquiera la cabeza. Cuando abrió la boca para gritar, sintió que algo invisible la envolvía y forzaba sus mandíbulas a cerrarse. El rostro sonriente y lascivo del sachakano se acercaba, amenazador. A Tessia se le erizó el vello, y le palpitaba el cráneo como si estuviera a punto de estallar.

«¿Es que se ha metido en mi cabeza?» Cerró los ojos, se concentró en la sensación e intentó ahuyentarla.

«Suéltame suéltame suéltame ¡SUÉLTAME!»

De pronto, la fuerza que la sujetaba se disipó, y ella cayó hacia atrás. Al mismo tiempo, sintió que algo manaba de su interior. A un destello muy intenso bajo sus párpados siguió un fuerte estrépito.

Tessia sintió que su espalda chocaba contra el suelo. El impacto le dolió, y sus ojos se abrieron de repente. Se incorporó con dificultad y se quedó paralizada al contemplar el cuadro que tenía ante sus ojos. En un rincón de la habitación se alzaba una pila de muebles rotos. Las paredes estaban agrietadas. Vio unas marcas negras que se extendían de forma radial en torno a ella, y percibió un olor acre a humo.

Unos pasos rápidos resonaron en el pasillo, al otro lado de la puerta.

El sachakano se levantó de entre los restos destrozados del rincón. La miró con expresión ceñuda y luego bajó la vista hacia su propio cuerpo. Su ropa estaba tan chamuscada como las paredes, y las costuras y el bordado con cuentas, ennegrecidos. Tras intentar en vano quitarse las manchas con la mano, torció el gesto y soltó un gruñido.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. Tessia dio un respingo cuando lord Dakon entró. Este se detuvo, y su mirada pasó de ella al sachakano y después al estropicio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en tono imperioso.

Sin decir una palabra, el sachakano sonrió, pasó por encima de una silla rota y salió de la habitación con aire resuelto.

Lord Dakon se volvió hacia ella. Sus ojos se posaron en su rostro y luego en su pecho. Al bajar la mirada, ella advirtió que llevaba la pechera del vestido desabrochada hasta la cintura, lo que dejaba al descubierto su nagua. Se levantó a toda prisa y le dio la espalda a lord Dakon para que no la viera mientras se abotonaba el vestido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él de nuevo, esta vez con más suavidad.

Tessia respiró hondo para responder, pero no le salían las palabras. «Vuestro invitado ha intentado forzarme», le dijo en silencio. Sin embargo, había descubierto que el sachakano tenía razón. Ella no quería que nadie más lo supiera, mientras existiera una posibilidad remota de que su madre se enterase. Como siempre decía su padre, era imposible guardar un secreto en aquella minúscula comunidad.

Además, no había ocurrido nada en realidad. «Bueno, nada parecido a lo que el sachakano parecía querer que ocurriera

—pensó Tessia mientras echaba un vistazo a las paredes socarradas—. No tengo idea de por qué lo ha hecho.»

Se volvió hacia Dakon, sin mirarlo a los ojos.

—He... he sido un poco grosera. Él se ha ofendido. Lamento... lo del destrozo, lord Dakon. —Recogió la bolsa de su padre y se dispuso a marcharse, pero se detuvo para añadir—: El esclavo está sanando correctamente.

Lord Dakon la observó en silencio mientras pasaba junto a él y salía al pasillo. Aunque ella no se atrevió a escrutarle el rostro por miedo a que sus miradas se encontraran, había algo extraño en su expresión. Se alejó a paso veloz y bajó por la escalera de servicio. Cannia estaba en la puerta de la cocina. La mujer le dijo algo al pasar, pero Tessia no la oyó bien y no tenía ganas de detenerse.

La luz del atardecer era demasiado intensa. De pronto, Tessia no sintió nada más que un cansancio inmediato. Recorrió rápidamente el camino de vuelta a su casa, se quedó parada unos instantes frente a la puerta para armarse de valor y la abrió.

Sus padres estaban en la cocina. Alzaron la vista cuando ella entró. Su madre frunció el entrecejo, y le dio la impresión de que su padre contenía una sonrisa cuando ella dejó caer la bolsa a sus pies.

—El esclavo se está recuperando. Voy a echarme una siesta —les anunció, y antes de que ellos pudieran rechistar, salió de la cocina y subió la escalera apresuradamente.

Nadie la siguió. Oyó voces apagadas procedentes de la cocina, pero no hizo ningún esfuerzo para entender lo que decían. Entró en su habitación, se desplomó en la cama y, para su sorpresa, se le escapó un sollozo.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Voy a ponerme a llorar como una niña? —Se dio la vuelta y respiró hondo, luchando por contener las lágrimas—. No ha pasado nada.»

Sin embargo, algo podría haber pasado. Apartó esa posibilidad de su mente y se centró en el recuerdo de las paredes ennegrecidas. Algo más había sucedido; no lo que el sachakano pretendía. Algo impresionante y destructivo. Pero... ¿qué?

¿Magia?

De pronto, todo cobró sentido. Lord Dakon. Sin duda él había oído algo y había acudido en su ayuda.

«Pero él llegó después de que ocurriera...»

Lo que no significaba que no pudiera haber actuado desde dondequiera que estuviese. Esto explicaría la destrucción. El mago no habría dejado la habitación en aquel estado si hubiera podido ver hacia dónde dirigía su poder. Había obrado a ciegas.

«Estoy en deuda con él por haberlo hecho —pensó—. Ha roto un montón de objetos caros para salvarme. No me sorprende que me lanzara esa mirada tan extraña. Esperaba mi agradecimiento, y en cambio yo me marché a casa a toda prisa.»

Tras inspirar profundamente, exhaló despacio. Al menos había conseguido atender al esclavo primero. La próxima vez, no iría sola a la Residencia. Permanecería junto a su padre en todo momento mientras estuviera allí. Cerró los ojos, se rindió al agotamiento y se durmió.